

le cortaba los pedazos, le llenaba la copa y se acercaba muchísimo á ella.

—Hum! exclamaba Ursus, y su gruñido terminaba contra su voluntad en sonrisa.

El lobo cenaba debajo de la mesa, inatento á todo menos á los huesos que le arrojaban.

Vénus y Febe—ó sean Vinos y Fibi, como las llamaba el público—participaban de la cena y hablaban entre ellas extraña jerigonza. Después Dea entraba en el gineceo con las otras dos mujeres; Ursus iba á atar la cadena á Homo debajo del carruaje, y Gwynplaine iba á arreglar los caballos; el amante se convertía en palafrenero, como si fuese un héroe de Homero ó un paladin de Carlo-Magno. A media noche todos dormían, exceptuando el lobo, que de vez en cuando abría el ojo, penetrado de su responsabilidad.

Al día siguiente volvían á encontrarse, se desayunaban juntos, habitualmente con jamon y con thé; el thé en Inglaterra data de 1678. Después, Dea, siguiendo la moda española (1), y por consejo de Ursus, que la veía muy delicada, dormía algunas horas, durante las que Gwynplaine y Ursus se dedicaban á hacer los preparativos que dentro y fuera exige la vida nómada.

Rara vez Gwynplaine salía de la Green-Box, y cuando salía era por calles desiertas y escusadas. En las ciudades solo salía por la noche y ocultando el rostro en un descomunal sombrero de alas caídas, con la idea de no gastar la cara por las calles. Solo en el teatro se le veía con la faz descubierta.

La Green-Box frecuentaba poco las ciudades; Gwynplaine, á los veinticuatro años, la mayor que había visto era la de las Cinco-Puertas. Su celebridad, sin embargo, aumentaba de día en día y llegaba ya más arriba del populacho. Los aficionados á las singularidades de las ferias y los buscadores de curiosidades y de prodigios sabían que existía, llevando vida errante, un máscara extraordinario. Se hablaba de esto; le buscaban, preguntando:—¿Dónde está? El hombre que ríe iba á ser verdaderamente famoso. La fama daba lustre al *Caos vencido*.

Ursus llegó á ser ambicioso y un día dijo:

—Es preciso ir á Londres.

(1) Los españoles dormimos la siesta, que es después de la comida, pero no luego del desayuno.—(N. del T.)

LIBRO TERCERO

Principia la hendidura.

I.

La posada Tadcaster.

Londres, en esa época, solo tenía un puente, el puente de Londres, lleno de casas: este puente unía la gran capital al arrabal Southwark, empedrado y lleno de guijarros y piedrecillas arrojadas por el Támesis, y era un laberinto de callejuelas, en las que había muchas obras de albañilería y casas y chozas de madera amontonadas; excelente combustible en un incendio, como lo probó el del año 1666.

El Southwark, en esta época, se parecía al de hoy como Vaugirard se parece á Marsella; entonces era un pueblo, hoy es una ciudad. Sin embargo, allí había gran movimiento de navegación. Encima del Támesis, en vieja y gruesa pared ciclópea, estaban clavadas las anillas á las que se amarraban los barcos del río. Esta especie de muralla se llamaba la pared de Effroc, y la leyenda refiere que tomó este nombre de un duque de Effroc que se ahogó al pié de ella, porque allí el agua tiene seis brazas de profundidad. La excelencia de este pequeño anclaje atraía hasta los navíos, y allí iba á anclar el antiguo buque de Holanda llamado la *Vograat*; dicho buque hacia directamente una vez cada semana la travesía de Londres á Rotterdam y de Rotterdam á Londres. Otras embarcaciones salían dos veces cada día, ya para Deptfort, ya para Greenwich, ya para Gravesend, bajando con una marea y subiendo con otra. El trayecto desde allí á Gravesend, aunque era de veinte millas, se recorría en seis horas.

La *Vograat* era de un modelo que hoy ya no se encuentra más que en los museos de marina. En la época de esta historia, en la que Francia copiaba á Grecia, la Holanda copiaba á la China. La *Vograat* tenía el casco pesado y con dos mástiles; sus tabiques eran perpendiculares; tenía la cámara muy honda en el centro del bastimento, y dos puentes cubiertos, uno delante y otro detrás, lo que ofrece la ventaja de disminuir la presa de las olas sobre el navío en tiempo de borrasca, y

el inconveniente de exponer la tripulación á los golpes de mar, á causa de la ausencia de parapeto. Nada detenía en la orilla al que caía, y de aquí dimanaban las frecuentes caídas y las pérdidas de hombres, que consiguieron hacer abandonar dicho buque. Navegaba directamente á Holanda, sin hacer escala ni aun en Gravesend.

Antigua cornisa de piedra, que participaba de masonería y de rocas, costaba por bajo la pared de Effroc y facilitaba el arribo de los bajeles amarados. De distancia en distancia varias escaleras cortaban la pared, que estaba situada á la parte Sur de Southwark. La parte alta de la pared estaba rellena y dispuesta de modo que permitía á los que llegaban á ella resguardarse como tras de un parapeto de muelle. Desde allí se veía el Támesis; á la otra parte del agua se terminaba Londres y empezaban los campos.

Hacia arriba de Effroc, en el ángulo del Támesis, casi enfrente del palacio de Saint-James, entre una fábrica de porcelana y otra de vidrio, en la que se hacían botellas pintadas, existía uno de esos vastos terrenos incultos en los que brotaban yerbas, que en Inglaterra se llaman *bowling-green* (tapete verde para rodar una bola). El *bowling-green* de Southwark se llamaba Tarrinzean-field, por haber pertenecido en otro tiempo á los barones de Hastings, que eran también barones de Tarrinzean-field y de Manclilne; de éstos pasó á los lores Tadcaster, los que lo explotaron como sitio público, como más tarde el duque de Orleans explotó el Palais-Royal.

El Tarrinzean-field era una especie de campo de feria permanente, lleno de escamoteadores, de equilibristas, de volatineros, de músicas sobre tablados, y en el que se agrupaba la multitud de los imbéciles que "van á ver al diablo", como decía el arzobispo Sharp. Ir á ver al diablo era ir á presenciar dichos espectáculos.

Muchas posadas, que admitían y enviaban al público á los teatros de las ferias, se abrían en el referido campo y prosperaban, porque allí todo el año era fiesta. Estas posadas eran sencillas tiendas, habitadas solo un día; por la noche el tabernero se metía en el bolsillo la llave de la taberna y se marchaba. Una sola de estas posadas era una verdadera casa. No había otra en todo el *bowling-green*. Las barracas del campo de la feria podían desaparecer de un mo-

mento á otro, porque á los vagabundos saltimbanquis nada les liga á ningún país y les gusta la vida errante. La posada llamada de Tadcaster, que era el apellido de sus antiguos señores, era más posada que taberna, más hostería que posada; tenía puerta cochera y un gran corral.

La puerta grande, ó sea la cochera, estaba en el corral, y era la puerta legítima de la posada Tadcaster; pero tenía á su lado una pequeña puerta bastarda, por donde se entraba también. Quien dice bastarda, dice preferida; tan preferida, que todos entraban por ella; caía á la taberna propiamente dicha, que era un ancho espacio ahumado, bajo de techo y lleno de mesas; sobre dicha puerta había en el primer piso una ventana con hierros, á la que estaba atada y pendiente la muestra de la posada. La puerta grande, cerrada y barrada, permanecía condenada. Era preciso atravesar la taberna para llegar al corral. Solo vivían en la posada el posadero y un muchacho; aquel se llamaba maese Nicless y éste Govicum; aquel era un viudo avaro y tembloroso, pero que respetaba las leyes; éste, que servía á los bebedores, era una cabeza gorda sobre un delantal. Llevaba el pelo cortado raso, lo que era signo de servidumbre; dormía en el piso de tierra, en una covacha, en la que en tiempo anterior se acostaba un perro; la covacha tenía una abertura por ventana que daba al *bowling-green*.

II.

Elocuencia al aire libre.

Una tarde que hacia furioso viento y bastante frío y había muchos motivos para andar á escape por las calles, un hombre, que caminaba por el Tarrinzean-field, se paró bruscamente cerca de la posada de Tadcaster. Era en los últimos meses del invierno de 1704 á 1705. Este hombre, que por su traje parecía marinero, poseía el rostro elegante y la hermosa figura que es peculiar á los cortesanos, pero que no está prohibido que los tenga la gente del pueblo. Se paraba para oír. Y qué oía? Una voz que hablaba probablemente desde el corral á la otra parte de la pared, voz algo senil, pero sin embargo sonora, y que llegaba con claridad á los oídos de los transeuntes. Oía al mismo tiempo dentro del recinto, donde la voz

peroraba, el murmullo que sale de una muchedumbre. Esa voz decía:—Hombres y mujeres de Londres, ya estoy aquí. Os felicito cordialmente porque sois ingleses. Sois un gran pueblo; os digo más, sois un gran populacho. Vuestros puñetazos valen más todavía que vuestras estocadas. Teneis siempre apetito y por eso vuestra nacion se come á las demás. Esa es una funcion magnífica; esta succion del mundo clasifica aparte á la Inglaterra; como política y filósofa, maneja colonias, poblaciones é industrias, y como voluntad de hacer á los otros un daño que á ella le reporta un beneficio, es particular y sorprendente. Se acerca el momento en el que se fijarán en el mundo dos grandes carteles; en uno se leerá: *Parte de los hombres*, y en el otro: *Parte de los ingleses*. Yo pongo aquí de manifiesto vuestra gloria, yo que no soy inglés, ni hombre, pero que tengo la honra de ser doctor. Sí, señores míos, yo enseño. Qué enseño me preguntais? Dos clases de cosas: las que sé y las que ignoro. Vendo drogas y regalo ideas. Aproximadme y escuchadme.—Os invito en nombre de la ciencia; abrid los oídos.—Atencion.—Enseño la Pseudodoxia Epidémica. Tengo un compañero que hace reír; yo hago pensar. Habitamos en el mismo domicilio, porque la risa es de tan buena familia como el saber. Cuando le preguntaban á Demócrito: ¿Qué sabeis? él respondia: Sé reír. Si me preguntasen á mí: Por qué os reís? responderia: Yo lo sé. Por otra parte, yo no rio nunca; yo vengo á rectificar los errores populares; trato de limpiar las inteligencias, porque están sucias. Dios permite que el pueblo se engañe y que sea engañado. No se debe tener estúpido pudor, y yo confieso francamente que creo en Dios, hasta cuando se equivoca; pero cuando hay porquerías—y los errores son porquerías—las barro. ¿Cómo yo sé que sé? Eso es cuestion mia. Cada uno se apodera de la ciencia como puede. Lactancio hacia preguntas á una cabeza de Virgilio de bronce, que le contestaba; Silvestre II dialogaba con los pájaros: los pájaros hablan? ¿los papas hacen gorgoros? Eso son cuestiones. El niño muerto de Eleazar hablaba con San Agustin. Entre nosotros hablando, dudo de esos hechos, excepto del último. Concedo que hablase el niño muerto, pero era porque tenia bajo de la lengua una lámina de oro, en la que habia grabadas diversas constelaciones. Este hecho se explica. Ya veis que soy justo, separo lo verdadero

de lo falso. Hay otros errores de los que acaso participais, pobres gentes del pueblo, y de los que deseo libertaros. No es verdad que la serpiente que tentó á Eva tuviese, como Cadmus, rostro humano. Horto, Cadamosto y Juan Hugo, arzobispo de Treves, niegan que baste aserrar el árbol para coger al elefante; me inclino á su opinion. Ciudadanos, los esfuerzos de Lucifer son causa de las falsas opiniones; bajo su reinado aparecen meteoros de error y de perdicion. Pueblo, Claudio Pulcher no murió porque los pollitos rehusasen salir del gallinero; la verdad es que Lucifer previó la muerte de Claudio Pulcher é impidió que comiesen los animalitos. Que Belcebú diese al emperador Vespasiano la virtud de enderezar á los jorobados y de volver la vista á los ciegos, con solo tocarles, fué una accion digna de alabanza, pero el motivo de realizarla era culpable. No es exacto que Orion naciese de una necesidad natural de Júpiter, pues el que produjo este astro del modo indicado fué Mercurio. Tampoco es verdad que Adan tuviese ombligo, y cuando San Jorge mató un dragon, tampoco estaba cerca de él la hija de un santo. San Jerónimo no tenia en su gabinete, sobre la chimenea, ningun reloj; en primer lugar, porque no tenia gabinete; en segundo, porque no tenia chimenea, y en tercero, porque no se conocian aun los relojes. Rectifiquemos, rectifiquemos.—Ciudadanos que me escuchais: si alguno os dice que al que olfatea la yerba valeriana le nace un lagarto en el cerebro, y que en el estado de putrefaccion el toro se convierte en abejas y el caballo en avispones; que el hombre pesa más muerto que vivo; que la sangre del macho cabrío disuelve la esmeralda; que ver sobre el mismo árbol una oruga, una mosca y una araña anuncian hambre, guerra y peste; que se cura el mal caduco con el gusano que se encuentra en la cabeza de macho cabrío silvestre, no lo creais, no lo creais; todo eso son supersticiones. Creed las siguientes verdades: la piel del toro marino preserva del trueno; el sapo se alimenta de tierra, lo que le hace criar una piedra en la cabeza; la rosa de Jericó florece la víspera de Navidad; las serpientes no pueden soportar la sombra del fresno; el elefante no tiene junturas, y se vé obligado á dormir de pié contra un árbol; haced que el sapo empole un huevo de gallina y saldrá un escorpion, el que á su vez sacará una salamandra; el ciego recobra la vista po-

niendo una mano encima de la parte izquierda de un altar y cubriéndose los ojos con la otra; la virginidad no excluye la maternidad. Alimentaos con estas evidencias. Podeis creer en Dios de dos maneras: ó como la sed cree en la naranja, ó como el asno cree en el látigo. Ahora voy á presentaros mi personal.

Repentina ventolera agitó por un momento al perorante, que suspendió su discurso; cuando aquella pasó, continuó éste del modo siguiente:

—Me interrumpiste, Aquilon, pero no importa; callé para que hablases tú. El viento es locuaz, como todos los solitarios. Nadie le hace compañía allá arriba y habla solo.—Prosigo.—Aquí están conmigo los artistas asociados; somos cuatro. *A lupo principium*. Empiezo por mi amigo, que es un lobo; miradle. Es instruido, grave y sagaz. La Providencia tuvo probablemente la idea de crear un doctor universitario, pero para eso se necesita ser algo asno, y él no lo es; además, no tiene preocupaciones y no es aristócrata.—Hay veces que habla hasta con una perra, él que no debiera hablar más que con las lobas. Si hubiese tenido delfines, sin duda alguna hubieran participado del ladrido de su madre y del aullido de su padre, porque él aulla, aunque tambien ladra, por condescendencia á la civilizacion. Homo es un perro perfeccionado. Homo iguala en sabiduría y ventaja en cordialidad al lobo sin pelo de Méjico, al admirable xoloitzeniski. Además es humilde, tiene la modestia de ser un lobo útil á los humanos. Socorre y es caritativo silenciosamente. Su pata izquierda ignora la buena accion que realiza la derecha. Tales son sus méritos. De mi segundo amigo no diré una palabra; es un monstruo y ya le admirareis. Piratas le abandonaron en otro tiempo en las orillas del salvaje Océano. Esta mujer es ciega. Ser ciegos es una excepcion? No. Todos nosotros lo somos. El avaro es ciego, porque vé el principio y no vé el fin. La coqueta es ciega, porque no vé las arrugas. El sábio es ciego, porque no vé su ignorancia. El hombre honrado es ciego, porque no vé al pícaro. El pícaro es ciego, porque no vé á Dios. Dios es ciego, porque no vió el dia que creó el mundo que el diablo se encajó dentro de él. Yo soy ciego tambien, porque no veo que vosotros sois sordos. Esta ciega que nos acompaña es una sacerdotisa misteriosa. Vesta le hubiera confiado su tizon. Tiene en su carácter oscuridades

suaves como las hendiduras que se abren en la lana de un carnero! La creo hija de un rey, pero no lo afirmo; loable desconfianza es el atributo del sábio. Yo raciocino y medicino. Pienso y aplico remedios. *Chirurgus sum*. Curo las fiebres, los miasmas y las pestes. Casi todas las flegmasías y sufrimientos son exutorios, y bien curados nos impiden tener otros males peores. Esto no obstante, os aconsejo que no padezcáis el antrax, llamado por otro nombre carbunelo; es una enfermedad estúpida, que solo sirve para morir de ella. Ni soy inculto ni rústico. Honro la elocuencia y la poesía, y vivo con esas diosas en inocente intimidad. Voy á terminar dándoos un consejo. Cultivad la virtud, la modestia, la probidad, la justicia y el amor. Todo el mundo puede tener de esas flores su pequeño jarro en la ventana. Milores y señores, he dicho. El espectáculo vá á empezar.

El hombre vestido de marinero, que escuchaba desde fuera, entró en la planta baja de la posada, la atravesó, dió el dinero que le pidieron, penetró en el corral lleno de público, y apercibió en el fondo una barraca con ruedas enteramente descubierta, y vió sobre su tablado á un hombre viejo, forrado con una piel de oso; á un hombre jóven, que parecia un máscara, á una jóven ciega y á un lobo.

—Vive Dios! exclamó; ¡hé aquí unas gentes admirables!

III.

En el que el transeunte reaparece.

El lector habrá reconocido á la Green-Box, que acababa de llegar á Londres y que se habia instalado en Southwark. Atrajo á Ursus el *bowling-green*, que era sitio excelente para su objeto, porque la feria no concluía en él ni en verano ni en invierno.

Era muy agradable para Ursus ver la cúpula de San Pablo. Londres tiene cosas magníficas; es un verdadero atrevimiento haber dedicado una catedral á San Pablo. La verdadera catedral es la de San Pedro. San Pablo es hasta cierto punto sospechoso; San Pablo solo es santo con circunstancias atenuantes, porque entró en el cielo por la puerta de los artistas. Una catedral es una enseña. San Pedro indica á Roma, la ciudad del dogma; San Pablo indica á Londres, la ciudad del cisma. Ursus, cuya filosofía

era tan amplia, que lo contenía todo, era hombre capaz de apreciar estos matices, y el atractivo que Londres tenía para él nacía sin duda de su afición á San Pablo.

El gran corral de la posada Tadcaster fijó la elección de Ursus; parecía que este sitio presentía la llegada de la Green-Box. Este patio-corril cuadrado era á propósito para un teatro; estaba edificado por tres lados, con una pared frente á los pisos, á la que se arrimó la Green-Box, que pudo entrar hasta allí merced á las vastas dimensiones de la puerta cochera. Un balcón grande de madera cubierto por un tejadillo, sostenido sobre gruesos postes, que servía á los cuartos del primer piso, ocupaba gran sitio de la fachada interior del corral. Las ventanas del piso bajo servían de palcos, el empedrado del patio de parterre y el balcón de palco corrido. La Green-Box, arrimada á la pared, tenía ante ella esta sala de espectáculos, que se parecía al Globo, sitio donde se representaron *El Oteló*, *El Rey Lear* y *La Tempestad*.

En un rincón, detrás de la Green-Box, había un establo.

Ursus se arregló con el tabernero, maese Nicless, que, como tenía respeto á las leyes, solo quiso admitir al lobo pagando mucho por él. El cartel "*Gwynplaine, el hombre que ríe*," descolgado de la Green-Box, le colgaron al lado de la enseña de la posada. La sala de la taberna, como hemos indicado, tenía una puerta inferior, por la que se entraba al corral; al lado de esta puerta se puso un tonel sin tapadera, que servía para la cobradora, que unas veces era Fibi y otras Vinos: el que pasaba por allí pagaba la entrada. Debajo del cartel de *El hombre que ríe* colgaron de dos clavos una tabla pintada de blanco, que tenía escrito con carbon y con letras gruesas el título de la obra maestra de Ursus, *El caos vencido*.

En el centro del balcón, frente á frente de la Green-Box, el compartimiento que tenía para entrada principal una puerta-ventana lo reservaban "para la nobleza." Era bastante ancho para poder contener, en dos filas, diez espectadores.

—Estamos en Londres y vendrá gente escogida, dijo Ursus.

Por eso hizo amueblar el indicado sitio con las mejores sillas de la posada y colocar en su centro un gran sillón de terciopelo de Utrech, para el caso de

que asistiera al espectáculo alguna dama noble.

La representación empezó; la multitud se aglomeraba en el patio, pero permanecía vacía la localidad reservada para la nobleza.

Fué tal el éxito de la representación, que nadie recordaba que hubiera alcanzado otro semejante ningún saltimbanqui. Todo Southwark corrió á admirar á *El hombre que ríe*.

Todos los volatineros y gimnastas del Tarrinzean-field fueron aplastados por Gwynplaine; les produjo el efecto que debe producir un gavilán que se arroja sobre un jaulón de gilgueros y les picotea su comida; Gwynplaine les arrebató su público. Además de los tragadores de espadas y de los jugadores de manos, había en el *bowling-green* verdaderos espectáculos. Había un circo de mujeres en el que resonaba desde por la mañana hasta por la noche una orquesta compuesta de muchos instrumentos, muy raros algunos de ellos; había debajo de una amplia y redonda tienda una colección de saltadores; había una casa de fieras ambulante, etc. etc.; pues á estos y á otros espectáculos mató la presencia de Gwynplaine; en cuanto éste apareció, les robó todo el público la Green-Box.

—*El caos vencido* es el caos vencedor, decía Ursus, atribuyendo á la obra la mitad del éxito conseguido, que fué prodigioso, aunque no se había extendido aun lo que podía. El nombre de Shakespeare tardó ciento treinta años en llegar desde Inglaterra á Francia: á la fama le es muy difícil pasar el mar. La gloria de Gwynplaine no pasó del puente de Londres, ni siquiera tomó las dimensiones de un eco de la gran ciudad, sobre todo en los primeros días.

Ursus decía:

—El saco de la cobranza, como la mujer que ha tenido un desliz, engruesa visiblemente.

Representaban primero *Ursus Rursus* y después *El caos vencido*.

En los entreactos, Ursus ejercitaba ante la multitud la ventriloquia trascendental; imitaba la voz del espectador que se prestaba á ello, el canto ó el grito que le proponían; á veces parodiaba el murmullo del público, y su voz aparecía como la de un montón de gente. Además peroraba, como acabamos de ver; vendía drogas, medicinaba á los enfermos y los curaba. Tenía entusiasmado á todo el Southwark. Ursus estaba satisfecho de los aplausos, pero no asom-

brado. Las representaciones en el corral de la posada, transformado en parterre, se llenaban de un auditorio andrajoso, pero entusiasta; éste se componía de barberos, de carpinteros de á bordo, de directores de los barcos del río, de marineros recién desembarcados, que gastaban su asignación en comilonas y en mujeres; de estafadores, de rufianes, de guardias negras, etc. Esta muchedumbre afluí desde la calle al teatro, y refluía desde el teatro á la taberna; lo que bebían no perjudicaba al éxito. Entre la hez del populacho se distinguía uno que era más alto que los otros, más grueso y fuerte, menos pobre, más cuadrado de hombros, con el traje del pueblo, pero que no lo llevaba roto; admirador del espectáculo, que se hacía sitio á puñetazos, con gran peluca, y que juraba, que gritaba y que bebía. Este era el transeunte que hace poco lanzó un grito de entusiasmo. *El hombre que ríe* fascinó á este aficionado en cuanto le vió. No asistía á todas las representaciones, pero cuando iba arrastraba al público, hacia trocar los aplausos en aclamaciones, y el éxito era frenético, llegaba á las nubes; de tal modo el transeunte influía en los espectadores, que llamó la atención de Ursus, y Gwynplaine le miró, porque veía en él un amigo desconocido, pero decidido. Ursus y Gwynplaine quisieron conocerle, ó al menos saber quién era.

Una tarde Ursus estaba entre bastidores, esto es, á la puerta de la cocina, y viendo por casualidad al hostelero cerca de él, señalándole al citado transeunte entre la multitud, le preguntó:

—Maese Nicless, ¿conoceis á aquel hombre?

—Sí.

—Quién es?

—Un marinero.

—Cómo se llama? preguntó Gwynplaine interviniendo en la conversación.

—Tom-Jim-Jack, respondió el posadero.

Dicho esto bajó la escala de la estribera de la Green-Box, adonde se había encaramado, y se entró en la posada; al marcharse hizo en voz alta esta reflexión maese Nicless:

—Lástima que no sea lord! ¡Sería un gran canalla!...

Aunque el grupo de la Green-Box se había instalado en una posada, no había modificado sus costumbres y permanecía viviendo en el aislamiento. Lo único que hacían era cambiar algunas

palabras con el tabernero, pero no se trataban con los huéspedes permanentes ó pasajeros de la posada y vivían como antes.

Desde que estaba en Southwark, Gwynplaine tomó la costumbre, después del espectáculo y de cenar ellos y los caballos, de ir á respirar el aire libre al *bowling-green* entre las once y las doce de la noche, mientras Ursus y Dea se acostaban cada uno en su parte. Cierta vaguedad que posee el espíritu arrastra á los paseos nocturnos á la luz de las estrellas; la juventud aguarda siempre á un no sé qué misterioso, y por eso se complace en andar de noche sin objeto alguno. A esas horas estaba completamente solitario el campo de la feria; solo se veían de vez en cuando las siluetas vacilantes de algunos borrachos; las tabernas, vacías ya, se iban cerrando; el piso bajo de la posada de Tadcaster estaba casi apagado; apenas en algún rincón el cabo de una vela medio alumbraba al último bebedor, y Gwynplaine, pensativo, satisfecho, soñando y dichoso, pasaba y volvía á pasar por delante de la puerta de la posada, de la que salían los últimos pálidos reflejos de las moribundas luces del interior. ¿En qué pensaba? En Dea, en nada, en todo. Se separaba poco de la hostería, como si le retuviese un hilo cerca de Dea. Dar algunos pasos fuera, al aire libre, le bastaba; después entraba bajo techado y, encontrando ya dormido al grupo de la Green-Box, se dormía también.

IV.

Los contrarios fraternizan en el odio.

Las ovaciones disgustan, sobre todo á los que salen perjudicados con ellas; es difícil que los devorados adoren al que los devora. La llegada de *El hombre que ríe* fué un verdadero acontecimiento, que indignó á los saltimbanquis de la vecindad. El éxito en el teatro es un sifón, que sorbe la multitud y hace el vacío á su alrededor. Desbanca á la tienda de enfrente. A la alza de la bolsa de la Green-Box correspondió la baja de las bolsas de las cercanías. Los espectáculos, concurridos hasta entonces, se vieron desiertos. Los teatros conocen los efectos de esta marea, que para ser alta en una parte necesita ser baja en las otras. Los que exhibían sus habilidades en los tablados circunvecinos vieron que les arruinaba *El hombre que ríe* y

se desesperaron, quedando asombrados. Todos los gimnastas, los clowns y los volatineros envidiaban á Gwynplaine. —Hé aquí un hombre que es dichoso por tener el hocico de bestia feroz, decían.—Las madres de los volatineros y las que bailaban en la cuerda floja, que tenían niños graciosos, los miraban con cólera, y enseñándoles á Gwynplaine, les decían:—¡Qué lástima que tu cara no sea como la suya! Algunas pegaban á sus hijos porque eran lindos. Más de una, si hubiera estado en su mano, hubiera convertido á su hijo en otro Gwynplaine. La cabeza de ángel que no produce, vale menos que una cara de diablo lucrativa. La madre de un pequeñuelo, que era un querubín y que representaba los papeles de Cupido, le gritó un día, montada en cólera:—Hemos tenido desgracia con nuestros hijos; solo ha tenido suerte la madre de Gwynplaine.—Y con el puño cerrado contra su niño añadió:—¡Si conociese á tu padre le había de mover un escándalo!...

Gwynplaine era la gallina de los huevos de oro. Qué maravilloso fenómeno!... Esta era la exclamación general en todas aquellas chozas. Los saltimbanquis, entusiasmados y exasperados, contemplaban á Gwynplaine chocando los dientes. La admiración de la rabia se llama envidia, y ésta aulla. Probaron á echar á tierra *El caos vencido*; se confabularon, cecearon y silbaron, y esto dió motivo para que Ursus perorase al populacho y al marinero Tom-Jim-Jack ocasión para dar algunos puñetazos que restablecieron el orden. La defensa á puñetazos de Ursus y de Gwynplaine acabó de hacer fijar á éstos en Tom-Jim-Jack; se fijaron en él desde lejos, porque el grupo de la Green-Box se bastaba á sí mismo y se mantenía á cierta distancia de todo.

El desencadenamiento de la envidia en contra de Gwynplaine no lo contuvieron los puñetazos de Tom-Jim-Jack; cuando los silbidos fueron impotentes, los otros saltimbanquis del Tarrinzean-field dirigieron una queja á la autoridad. Esta es la marcha ordinaria; contra el éxito que nos incomoda, primero sublevamos á la multitud y despues imploramos al magistrado.

A los volatineros se juntaron los reverendos. *El hombre que ríe* también había perjudicado á los predicadores; dejó desiertas, no solo las barracas, sino también las iglesias. Las capillas de las cinco

parroquias de Southwark se quedaron sin auditorio; abandonaban el sermón por ir á ver á Gwynplaine. *El caos vencido*, la Green-Box, *El hombre que ríe*, todas esas abominaciones de Baal se sobrepusieron á la elocuencia del púlpito. La voz que predica en el desierto, *vox clamantis in deserto*, estaba disgustada. Los pastores de las cinco parroquias se quejan al arzobispo de Lóndres y éste se queja á su majestad. La denuncia que presentaron los volatineros era por ultrajes á la religión. Decían en ella que era brujo Gwynplaine y Ursus impío. Los reverendos invocaban el orden social; se fundaban en la violación de las actas del Parlamento, dejando la ortodoxia aparte, lo que era mucho más maligno, porque aquella era la época de Locke, que murió seis meses despues, el 28 de Octubre de 1704, y empezaba el escepticismo que Bolingbroke iba á transmitir á Voltaire. Wesley debía venir más tarde á restaurar la Biblia, como Loyola á restaurar el papismo.

De este modo la Green-Box se veía combatida por dos lados: por los volatineros, en nombre del Pentateuco, y por los capellanes, en nombre de los reglamentos de policía; la denunciaban, pues, los sacerdotes como estorbo y los volatineros como sacrilegio.

Tenían pretexto para esas denuncias? Sí.—Qué crimen había cometido?—El de poseer un lobo. El lobo está proscrito en Inglaterra; el dogo se permite, el lobo no. Inglaterra admite el perro que ladra y no el lobo que aulla, para distinguir el corral del bosque. Los rectores y los vicarios de las cinco parroquias de Southwark recordaban en sus memoriales numerosos estatutos reales y parlamentarios que ponían fuera de la ley al lobo, y concluían pidiendo algo parecido á la encarcelación de Gwynplaine, el secuestro del lobo, ó al menos su expulsión, por el interés público, por el riesgo de los transeuntes, etc. etc. Además se fundaban en la opinión de la Facultad; citaban el veredicto del Colegio de los Ochenta médicos de Lóndres, cuerpo docto que data desde Enrique VIII, que posee su sello como el Estado, que asciendo á los enfermos á la dignidad de justiciables, que tiene derecho á aprisionar á los que infringen las leyes y contravienen sus ordenanzas, y que, entre otras conclusiones útiles para la salud de los ciudadanos, ha afirmado este hecho, conquistado por la ciencia:—Cuando el lobo vé primero al hombre, el hombre

queda ronco para toda la vida. Además, puede ser mordido.

Luego Homo era el pretexto.

Ursus sabía algo de esto por el posadero y estaba inquieto, temiendo que se le echasen encima las dos garras de la policía y de la justicia. Para tener miedo á la magistratura basta tener miedo, no se necesita ser culpables, y Ursus huía del contacto de los sheriffs, prebostes y bailíos; no tenía curiosidad de contemplar esos rostros oficiales.

Empezaba á sentir haber venido á Lóndres.

Contra tantos poderes coligados, contra los saltimbanquis apoyados en la religión, contra los capellanes indignándose en nombre de la medicina, la pobre Green-Box, sospechosa de hechicería por Gwynplaine y de hidrofobia por Homo, solo tenía en su favor una cosa que tiene mucha fuerza en Inglaterra: la inercia municipal. Del dejad hacer local ha salido la libertad inglesa. La libertad inglesa se tolera, como se tolera el mar á su alrededor. Es una marea. Poco á poco las costumbres suben sobre las leyes. La Inglaterra viene á ser en este punto espantosa legislación hundida, en la que sobrenadan las costumbres; es un código feroz, visible todavía bajo la transparencia de la misma libertad.

Podían tener en contra suya *El hombre que ríe*, *El caos vencido* y Homo á los saltimbanquis, á los predicadores, á los obispos, á la Cámara de los Comunes, á la de los Lores, á su majestad, á Lóndres y á toda la Inglaterra, y permanecer tranquilos mientras que Southwark estuviese de su parte. La Green-Box era la diversion favorita del arrabal, y la autoridad local se mantenía indiferente, y en Inglaterra indiferencia es protección. Mientras que el sheriff del conde de Surrey, del que dependía Southwark, no tomase parte en este asunto, Ursus podía respirar y Homo dormir tranquilo. Exceptuando el caso de recibir un golpe *ab irato*, estos ódios fortalecían el éxito. La Green-Box iba cada día mejor, y transpiraba ya en su público que había intrigas contra ella. *El hombre que ríe* era cada día más popular. La multitud olfatea lo que se denuncia, y se excita y se apasiona por lo denunciado. Excitar sospechas es una recomendación. El pueblo admite por instinto lo que el Índice amenaza. La cosa denunciada es el principio del fruto prohibido y se apresuran á morderle. Además, es sumamente agradable contribuir á los aplausos

que incomodan á alguien, sobre todo cuando este alguien es la autoridad. Hacer, pasando una tarde agradable, un acto de adhesión al oprimido y de oposición al opresor, es también muy placentero; así, divirtiéndose el público, protege. Añádase á esto que las chozas teatrales del *bowling-green* continuaban silbando é intrigando contra *El hombre que ríe*, y nada tanto como esto contribuía á los éxitos; los enemigos mueven bulla eficaz, que aguijonea y aviva el triunfo; el amigo se cansa más pronto de elogiar que el enemigo de injuriar, é injuriar no perjudica: esto es lo que los enemigos ignoran; no pueden dejar de insultar, y esa es la utilidad que prestan: su imposibilidad de callar mantiene despierto al público. Aumentaba de día en día la gente que iba á ver *El caos vencido*.

Ursus se callaba cuanto le decía maese Nicless respecto á las intrigas y á las quejas de altos sitios, y no hablaba de esto á Gwynplaine para no turbar con sobresaltos la serenidad de las representaciones. Si había de sucederles alguna desgracia, siempre lo sabrían demasiado pronto.

V.

El wapentake.

Un día, sin embargo, creyó Ursus que debía salirse de su discreción por prudencia, y juzgó útil qué Gwynplaine estuviese algo inquieto: verdad es que se trataba de algo más grave, según la opinión de Ursus, que de cábalas de feria y de iglesia. Gwynplaine, al recoger un farthing, que cayó al suelo cuando estaban contando el ingreso del día, y estando delante el hostelero, quiso hacer notar el contraste que ofrecía el farthing, representante de la miseria del pueblo, y su sello, que representaba con el rostro de Ana la magnificencia parásita del trono, y dijo sobre esto un propósito malsonante. Este propósito, que repitió algunas veces maese Nicless, se extendió tanto, que volvió á llegar á los oídos de Ursus, dicho por Fibi y por Vinos. Ursus tuvo fiebre al oír esas palabras sediciosas, que constituían un delito de lesa majestad, y reprendió rudamente á Gwynplaine.

—Ten mucho cuidado con lo que hablas. La regla general de los grandes es no hacer nada, pero la de los pequeños es no decir nada. El pobre solo puede